



TRIBUNA

# MESTRES VALENCIANS D'ARQUITECTURA

JAVIER DOMÍNGUEZ RODRIGO  
Arquitecto

Urge garantizar la preservación e integridad de la mejor arquitectura valenciana del siglo XX, de GODB, Tamarit, Valls, Colomina...



ARCHIVO RAFAEL TAMARIT

La arquitectura, como factor con múltiples rostros de afirmación de identidad, encuentra en la Comunitat un vacío historiográfico que priva de especificidad a la producción autóctona al entenderla siempre deudora de otras regiones y tendencias.

Esa visión negativa del pasado debe mucho a los totalitarismos del siglo XX que contaminan la cultura transformándola en un instrumento de propaganda «ad usum delphine». De ahí el recelo posterior, tras el franquismo, hacia lo étnico y lo vernáculo, percibidos como enemigos de la razón ilustrada.

La falta de reivindicación de un arte genuino, original, transgeneracional e influyente en el exterior, lastra un relato político incapaz tanto de poner en valor la enorme contribución de los creadores valencianos en el ámbito internacional, como de evitar su subordinación a élites exógenas.

La pertinaz colonización artística del primigenio Reino de Valencia, cuya didáctica importación no se modera hasta la creación de la Academia de San Carlos que permite consolidar los talleres artesanos locales, pospone hasta el siglo XVIII la aparición de una «escuela valenciana» propiamente dicha.

El catalán Pere Compte, autor de la Lonja de la Seda, obra maestra del gótico, el alemán Marçal de Sax, el cordobés Bar-

tolomé Bermejo, el castellano Alfonso de Covarrubias, Domènech i Montaner... ilustran la extensa nómina que corrobora la interminable presencia de profesionales foráneos en esta «tierra de artistas».

Paralelamente personalidades aquí nacidas alcanzan reconocimiento y prestigio en el extranjero, como el pintor José Ribera (Lo Spagnoletto), Joaquín Sorolla o el olvidado Rafael Guastavino, el arquitecto de Nueva York, metrópoli en la que levanta edificios emblemáticos como la Estación Central o el museo de Historia Natural.

La recuperación de la docencia por la Escuela en 1966, tras el largo paréntesis impuesto en 1857 por la Ley Moyano que desposeía a las Academias de la competencia para la expedición de títulos, y la restauración de la democracia suponen una renovación radical de paradigma que también sacude a la corporación colegial tardofranquista.

Las juntas de dirección de Román Jiménez en la renacida ETSAV y años después de Alberto Peñín en el Colegio, gestionando con entusiasmo, pragmatismo y éxito la reestructuración orgánica de las instituciones, fomentan la dimensión cultural de la arquitectura, fortaleciendo las relaciones con la sociedad.

Impulsar la visibilidad de una disciplina humanista y de un colectivo plural, sometidos a los rigores de la censura y huérfanos de canales de difusión, exigía

formular grandes cambios en la deontología profesional, en la participación activa de la gobernanza urbana, en la dinamización de la vida cultural y artística de la Comunitat...

Exposiciones, mesas redondas, convocatorias de concursos –plaza de la Reina...–, colaboraciones editoriales –CI-MAL, Cuadernos TC...–, publicaciones de biografías como las de Luis Albert, Emilio Rieta, Javier Goerlich, Moreno Barberá... e incluso de una revista VIA Arquitectura certifican la importancia del cambio.

Otra de las grandes aportaciones de los equipos (Vicente Casanova, Juan de Otegui, Luis Sendra...) de Peñín es la instauración hace tres décadas de los Premios al magisterio, a la trayectoria y ejemplaridad en el oficio como «Mestres Valenciens d'Arquitectura», siendo el primer reconocimiento para Miguel Colomina Barberá.

La arquitectura valenciana del siglo XX cuenta así con un registro del talento y la excelencia, que aglutina catorce destacadas figuras cuya excepcional obra es referente inequívoco de la modernidad, como testifica su inclusión en el prestigioso club del Docomomo Ibérico y en muestras como la Bienal de Venecia.

El cap i casal es depositario privilegiado de su prolífico legado, con el colegio Guadalavir –García Ordoñez GODB–, la Confederación Hidrográfica –Miguel Colomina–, el polígono Antonio Rueda –Vicente Valls–, el IVAM –Emilio Giménez– y edificios residenciales icónicos como la Torre Ripalda de Antonio Escario EVV...

Algunos, como Rafael Tamarit, proyectan internacionalmente la marca y el diseño valenciano dejando su genial huella en Londres, Tokio, Los Angeles e incluso en el corazón mismo de la Gran Manzana –Ladró museum– facilitando el camino a las generaciones siguientes de Santiago Calatrava, Tomás Llavador, Ramón Esteve, Fran Silvestre,...

Su herencia destaca por su contribución al progreso urbanístico –planes de Benidorm, Alicante, Solución Sur, paseo marítimo...– y su capacidad para transformar con sencillez lo doméstico en suntuoso: edificio Vistamar, urbanización Maralic, complejo Vistahermosa, colonia ducal de Gandia, les Gavines, Santa Margarita,...

Sus construcciones son hoy auténticos «lugares de culto» como la Escuela de Maestría de Alicante (1957), la iglesia de Santa María del Mar de Xàbia (1967), el oratorio de San Felipe Neri en Albacete (1964)...

De ahí la importancia de garantizar su preservación y su integridad. Urge su catalogación para evitar que ejemplares únicos e irrepetibles del movimiento moderno se sumen a la larga lista de monumentos desaparecidos (Fisac, Ribes, Goerlich...).

Poner fin a tanta destrucción biográfica exige liderazgo, pedagogía social y, sobre todo, un firme compromiso institucional que impida tanto las alteraciones formales gratuitas –edificio Hermanos Ladró–, como las mutilaciones del paisaje con anacrónicas demoliciones –base Luna Rosa de Renzo Piano, Escuela de Agrónomos de Fernando Moreno Barberá...–.

Porque el patrimonio arquitectónico conforma la memoria histórica, estética e iconográfica de la sociedad y, por ello, resulta clave para comprender tanto su polifónico pasado como sus proyectos futuros.